

leyésemos estas líneas, apenas podríamos darles crédito, creyéndolas escritas por uno de los muchos adversarios sistemáticos é irreconciliables que tiene San Ignacio entre los autores modernos. ¿Cómo? Cosa tan sagrada, cual los respetos debidos á la humana vida, depende, no de la propia conciencia, ni del propio albedrío, sino de los instintos ciegos y de los movimientos orgánicos de un pobre mulo. Por manera que si este toma la senda espaciosa y fácil, en vez de tomar, como suelen todas las alimañas montaraces, la mas agria y difícil, Ignacio asesina sin piedad á un semejante suyo y lleva toda la vida esta sombra en su alma y este deshonor en su nombre. La conciencia, la razon, la voluntad, el íntimo albedrío, todo lo divino que Dios ha puesto en nosotros para iluminarnos y dirigirnos al bien supremo, nada importa en las obras mayores de la vida, é importa mucho un accidente y caso tan externo y extraño como el andar mecánico é indeliberado é inconsciente, cual hoy se dice, de una pobre bestia. Sí, agradezcámosle al mulo inspirado su pacífica eleccion, porque, si no la tuviera, un crimen mas, y crimen terrible, manchara la tierra de nuestros padres y una sombra mas, y sombra espesa, oscureciera la vida de nuestro compatriota. Imaginaos que la cabalgadura elige la senda espaciosa, y en el acto Ignacio baja, esgrime su puñal homicida, lo clava en las entrañas de aquel hombre, y lo mata, sin acordarse de la ley natural, ni de la ley revelada; sin oír los latidos de su pecho ni experimentar la compasion propia de las humanas entrañas; sin atender á los reclamos de su conciencia, la cual, escuchada y obedecida, como voz que es de Dios en nuestro sér, hubiérale dicho que aquel hombre no tenia la culpa de haber nacido en religion diversa de la nuestra, y que matándolo por ello, no solo desconocia sus deberes para con los hombres, sino que usurpaba las atribuciones del Criador, único absolutamente con derecho á disponer de la vida del hombre, su predilecta criatura. Será una triste aprension mia; pero en la preferencia de un movimiento mecánico y externo como el paso mas ó menos instintivo de pobre mulo, en esa preferencia increíble, dada con reflexion por Ignacio sobre los movimientos íntimos é internos del alma, descubro toda la simbólica del jesuitismo, autoritario, externo, mecánico, materialista, fiándolo todo á la organizacion ó á la fuerza material, y destruyendo la interior espontaneidad de los espíritus.

Poco á poco dirigióse á Montserrat el santo. La magnífica montaña debia naturalmente atraer la mirada de sus ojos enardecidos y la idea de su exaltada mente. Nosotros la vemos de otra suerte que la viera él, despojada y desceñida por la razon fria de sus milagros legendarios; y sin embargo, nos conmueve aun, como si fuera un templo y un altar. Sus pirámides, sus agujas, sus botareles varios, la mágica crestería de sus cumbres, los intercolumnios fabricados por el fuego creador y esculpidos por las gotas de agua calcárea, los bosques de cúspides que parecen bosques de gigantes petrificados cipreses, las rotondas graníticas que creeriais alzadas por un arquitecto invisible y no por las fuerzas mismas de la naturaleza, dan al Montserrat el aspecto de una catedral inmensa, levantada por los ángeles desde la tierra donde tiene su raíz al cielo donde tiene sus cúspides, para elevar y acercar el bajo mundo y las humanas criaturas á su divino Hacedor. Nada mas bello que, á la hora del crepúsculo, cuando el sol se ha sumergido en los mares y las sombras primeras de la tarde han abierto sus anchas negras alas sobre la montaña sublime, al primer centelleo de la vespertina estrella y al eco último de la campana religiosa, al tiempo que el Ave María sube y el Angel de la Guarda baja, oír, en aquella iglesia de Montserrat, puesta como la Iglesia espiritual de Cristo al borde oscuro de dos grandes abismos, la Salve cantada en coro, á la incierta luz de las argenteas lámparas, y acompañada por suave invisible música, cuyos acordes, oídos ante la efigie de María que parece materialmente subir al Empíreo, casi os desciñen del frágil cuerpo y os anticipan la anhelada bienaventuranza. Imposible estar allí, recorrer aquellos sitios, sentarse á la sombra de las pirámides eternas y al borde oscuro de los abismos insondables, descubriendo el mar poblado de naves y el Pirineo cubierto de nubes y de nieves, con Cataluña entera como un mapa de relieve á vuestros piés, sin que os acordeis de cómo salieron de allí las naves que iban á Oriente y cómo tornaron allí las naves que descubrieron América, oyendo en los rumbos del viento y en los ecos de las breñas, el rudo canto de nuestro poema nacional, escrito en el planeta con tan copiosa pura sangre y en la inmortalidad resplandeciente con tan perdurable y divina gloria.

Si para nosotros, hijos de un siglo racionalista, la peregrinacion al Montserrat aun tiene virtud suficiente á elevarnos á los antiguos tiempos y á la fe

antigua, imaginaos qué sucedería con el soldado piadoso en el instante de abandonar las armas cortantes y materiales del mundo por las armas invisibles é inmatrimales de la fe. Comprendería mal seguramente á San Ignacio quien le creyera movido por móviles análogos á los que movieran á un San Francisco de Asís ó á un Santo Domingo de Guzman. Como hace observar con acierto Ranke, al historiar los Pontífices del siglo décimosexto, Ignacio no se propone tanto corregir el mal y rehacer el mundo, como remedar la vida de aquellos santos en cuyas historias estaba industriado y era muy leído, despues de su horrorosa enfermedad. Puesto que los santos habian abandonado el mundo por seguir á Dios, tambien lo abandonaba él; puesto que habian prescindido de sus padres y hermanos, tambien él prescindia; puesto que habian errado por el campo haciendo penitencia, tambien él erraba; puesto que habian tenido por todo traje y por todo alimento lo que la casualidad les deparara, tambien él se fiaba de esa divinidad ciega y se avenia á no comer y á no vestir, sino lo que le deparase á su ciego arbitrio el acaso. Lo hemos comparado con el tipo que mas tarde inventó el primero de nuestros escritores; y cuanto mas la vida de Ignacio meditamos con reflexion y con cuidado, mas cierta y mas segura tenemos esta extraordinaria, pero veraz analogía. Metiósele al hidalgo manchego en la mollera que la tierra toda estaba organizada como él habia leído en los libros y dispuesta de suyo á recibir los oficios de cualquiera que presentarse intentara de caballero andante, desfacedor de agravios y de entuertos. El no medir la distancia entre la realidad y la idealidad, llevóle á tomar las ventas por castillos y los molinos por gigantes. Así, parecíale hacedero y fácil poner por obra y efecto cuanto habia leído al amor de la lumbre y al resuello del viento en las largas vigiliias de invierno. Y un dia, recatándose de los suyos, rompió por esos campos de Dios á la ventura, y dando consigo en una venta, al pié de las bardas de un corral y al lado de los brocales de un aljibe; segun leyera en sus historias, veló sus armas, y quedó de piés á cabeza hecho un caballero andante, como cualquiera de los escritos por tantas misteriosas plumas y divulgados en tantas lenguas como D. Amadis ó D. Gaiferos.

Leed ahora la vida de San Ignacio: los libros le animan y exaltan en sus vigiliias y en sus convalecencias. Imitar la vida misma de los santos y

rehacerla en la realidad es todo su propósito. A este fin recátase de los suyos y emprende por montes, campos y valles, larguísima caminata en pos de piadosas aventuras. El nombre de Montserrat le atrae y al seno de Montserrat va. Allí se desciñe de su traje antiguo, de sus preseas y arreos militares para vestir áspero saco, para empuñar nudoso bordon rematado por breve calabacica, para calzar alpargatas de esparto; y á la puerta del templo y al pié de su torre, despues de haber colgado la espada de cien combates como un ex-voto en los altares, velar sus nuevas armas espirituales, decirse caballero de la Virgen, y fundar, sin mas precedentes ni mas reflexiones, toda una órden de caballería, verdadera milicia que retuviese al mundo por una mezcla increíble de fuerza y de astucia en los antiguos senos de la vieja Iglesia. Decid qué falta para constituir un caballero á la usanza de aquel que ridiculizó Cervantes. Nada. Ni la lectura prolija de libros, donde se fantaseaba mas ó menos la materialidad prosaica de la vida, ni el deseo de vivir y realizar lo fantaseado, ni el abandono de su casa, ni el olvido de su familia, ni el viaje incierto y errante, ni el cambio de vestimenta, ni la metamorfosis de profesion, ni la vela de armas, ni las ceremonias caballerescas, ni el error de creer por un solo individuo realizables todos los términos de un irrealizable ideal.

Mirad cómo los describen los mas piadosos agiógrafos y os dirán que corria el año 1522, cuando la víspera de aquel alegre y gloriosísimo dia que fué principio de nuestro bien, la víspera de la Encarnacion, el 24 de marzo, confesóse generalmente de toda su vida por escrito y con mucho cuidado, legó al monasterio su cabalgadura, colgó la espada y daga de que antes se habia preciado y servido, entregó á un hombre andrajoso todos sus vestidos, hasta la camisa, y como hubiese leído, habla el Padre Rivadeneira, «en sus libros de caballería que los caballeros noveles solian velar sus armas, por imitar él como caballero novel de Cristo, con espiritual representacion, aquel hechó caballeroso, y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se habia vestido toda aquella noche, parte en pié y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imágen de Nuestra Señora, encomendándose de corazon á ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para adelante.» Todo esto se halla

de tal suerte contenido en los libros de caballería, que Cervantes no acertó sino á comentarlo y traducirlo cuando dijo en el capítulo tercero de su obra: «Y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogióndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche.»

Para que nada faltase á la semejanza, vino á imponérsele tambien la realidad con sus fatalidades. Llevaba tan léjos el cambio y trasmutacion de su persona, que no solo se desciñó del traje acostumbrado, sino que recató y calló el honradísimo nombre de sus padres. Á nadie quiso decir cómo se llamaba, ni quién era, ni de dónde venia, ni á dónde iba, para que su vida real concluida no diese sombra de ningun género á su vida ideal entonces comenzada. Y como á hurtadillas, en el silencio y en el misterio de la noche, buscando para sus virtudes la oscuridad, cual suele buscarla el criminal para sus delitos, entregárle á un mendigo su traje de gentil-hombre y todo cuanto le restaba en la bolsa. Las gentes y autoridades de aquellas cercanías creyeron al favorecido ladron y le arrojaron en la cárcel. Cuál no sería el asombro de Ignacio, cuando, apartado una legua de Montserrat, se vió sorprendido por fatigadísimo viandante que le demandaba una declaracion, á fin de salvar al inocente, á quien habia cedido ropilla, calzones, botas, capa, gola y sombrero de plumas, con sus ropas interiores y sus blancas y finas camisas de Holanda. Corrióse Ignacio al verse asaltado y comprometido en su caridad de aquella escandalosa suerte; y se lamentó de hallarse en mundo tal que no podia hacerse bien al prójimo sin darle ó inferirle al mismo tiempo daño y afrenta. Muy demudado, confesó tambien la obra caritativa, pero escondió y ocultó su procedencia y su nombre, cosa que hiciera en una sociedad como aquella y que quizás no hubiera podido hacer en una sociedad como la nuestra. Su interlocutor, sin embargo, extrañó mucho que se quedase tan gentil hombre sin dinero y sin camisa, reproduciéndose aquella escena en que preguntado por el ventero don Quijote si traía cuartos, respondióle «que no traía blanca; porque él nunca habia leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. Á esto, dijo el ven-

tero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, era por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias.»

Sucedíale, pues, lo mismo que al hidalgo manchego le sucedia. El mundo y sus realidades surgian por todas partes como á cerrarle con empeño los caminos trazados hácia un ideal absoluto. Pero él persistia en su obra como todos los alucinados, sin que advertencia alguna le corrigiese, ni enseñanza alguna le amonestase y enmendase con sus dolorosas experiencias. Los libros de andante caballería, mezclados con los libros de místicas leyendas, exaltaban de continuo con sus recuerdos confusos y con sus ideas contradictorias el cerebro; y el cerebro á su vez exaltaba el ánimo. Así ardía por fundar caballerescas órdenes y llamarse capitan de valientes y emprendedoras milicias. No hay sino leer con cuidado la obra titulada *Acta antiquissima, a Ludovico Gonsalvo ex ore sancti excepta*, para entender cómo los tipos santos y los tipos caballerescos vagaban por igual en su mente. Así sus acciones, ora se ajustaban á los hechos de San Francisco el penitente, ora se ajustaban á los hechos de Santo Domingo el inquisidor, ora se ajustaban á los hechos de Amadis el andante. La invocacion á este debia con tal frecuencia errar por sus labios y venir á sus conversaciones, que los discípulos del Santo le toman por un autor que escribe y no por un héroe que obra. Ya lo hemos visto, como cualquier Palmerin de Inglaterra ó Galaor de Gaula, velando sus armas en larga y caballerescas vigilia. Pues aun hace mas que no creyéramos, si en obras á su vista escritas por los que le han seguido y le han acompañado no se dijera; obras tenidas por clásicas y ortodoxas en el concepto tradicional de la misma compañía. Pues aun hizo mas, escogió la dama de sus pensamientos, la cual, segun dice á la letra uno de sus mas cercanos discípulos, «non era condesa ni duquesa, mas era su estado mas alto que ninguna de estas». Y pensaba en ella, y la veía con todas sus perfecciones, y le consagraba ternezas y amorosos refranes, y ardía por lanzarse á sus piés, y ensayaba los discursos que iba con labios encendidos á dirigirla, y trazaba el plan de los hechos caballerescos y hazañosos que iba en su honor y lauro á consumir, á manera de aquel enamorado de una moza labradora de muy